

Apuntes Barojianos

Por IGNACIO M^a BARRIOLA

Después de una cuarentena de años en los que las Juntas Directivas de los Colegios de Médicos eran impuestas por la autoridad, en 1978 se celebraron las primeras elecciones de las que salí nombrado presidente. Una vez hecho al Colegio me percaté de que nada había en él que recordase a su colegiado de mayor renombre universal, si no como médico sí en el campo de las letras: don Pío Baroja. Hecho que, al parecer, me había pasado desapercibido cuando por los años treinta ocupé el cargo de secretario.

Pero es que, seis años antes, en 1972, al celebrarse el centenario del nacimiento de don Pío tuve que intervenir en un homenaje organizado por la Asociación de Médicos Escritores en Madrid al ser, como él, médico, donostiarra y un tanto escritor. Allí tuve que confesar que el Colegio Médico de Guipúzcoa nada había hecho en recuerdo suyo y tal indiferencia quedó grabada en mi memoria. Así que, en la primera ocasión propicia nuestra Junta Directiva puso en el Salón de Actos de la entidad la placa conmemorativa que se merecía.

Fue en 1955 cuando tuve la primera y única oportunidad de conocerle personalmente en "Itzea" su casona de Vera del Bidasoa. El embajador de Colombia en España quiso hacerle entrega de un recuerdo de su país y con tal motivo se organizó un pequeño acto al que asistí con unos amigos. Por desgracia, don Pío ya no era ni sombra de lo que había sido al encontrarse en los comienzos de una cierta demencia senil progresivamente creciente así que la reunión en sí poco tuvo de agradable.

En mi juventud, época más propicia para filias y fobias globales, no pude ser barojiano. En el ambiente familiar y en el religioso en que se desarrolló mi mocedad, don Pío era "el hombre malo de Itzea", el escritor

reprobable autor de novelas moralmente peligrosas. Podíamos acercarnos a Pereda, Palacio Valdés, Azorín o a Ricardo León, por ejemplo, con más precaución a Gabriel Miró o a Pérez Galdós pero de manera alguna a un Blasco Ibáñez o a Pío Baroja: citas meramente orientativas. Ya de mayor es cuando empecé a conocerle y, más formado mi juicio, a admirarle hasta tal punto que entraron en mi biblioteca sus Obras Completas que fui leyendo. Lo confieso sinceramente.

La figura de Baroja, por otra parte, me ha inquietado desde que la conocí; no por su calidad de escritor plenamente apreciada, ni por su fecundidad para mí asombrosa sino por su triple condición de vasco, de médico y de donostiarra que, como a otros muchos, me empareja con él. Tal inquietud me ha llevado a seguir sus pasos en lo referente a las tres afinidades.

Creo que prácticamente se ha dicho cuanto cabe decir de don Pío y de sus personajes literarios, de su obra, de su pensamiento y de sus tendencias; de las posibles raíces vascas de sus sentimientos y de su vinculación castellana; de sus filias y fobias; de su juventud y de su madurez. Todo, o caso todo, extraído de su propia creación escogiendo de ella las piedras sillares del gran monumento que en letras de molde se eleva en su memoria y que sería el que más gusto se aceptase pues de sobra sabía que en su patria otros monumentos se hallan demasiado expuestos a los vaivenes de las tormentas ideológicas o políticas que periódicamente le azotan.

Sin posibilidades de aportar algo nuevo, ¿cómo atreverse a escribir ahora acerca de él? Parece una incongruencia de no sentirse impulsado por una fuerza mayor como es mi caso al sentirme dominado por una idea casi obsesiva: la necesidad de dejar constancia de mis sentimientos en aquellas tres facetas de su vida, no sobresalientes en él pero que a él, como se ha dicho, me acercan. Nunca encontraba ocasión adecuada para hacerlo pero al brindárseme la oportunidad de este número de nuestro Boletín, la aprovecho.

I - Baroja vasco

La inclusión de estos Apuntes en el Boletín de los Amigos del País no es porque Baroja haya mostrado mayor admiración por la Real Sociedad a la que seguramente la vería aristocrática, elitista y confesional aunque le agradase su liberalismo y el talante de algunos de sus socios. Es más bien para que en sus páginas quede constancia de algunos textos que le dedicó.

En el recorrido del país vasco que hace en su libro así titulado (EL PAIS VASCO) al llegar a Azcoitia “que conserva —dice— su tradición aristocrática” dice que “allí fue en donde primeramente celebraron sus reuniones los enciclopedistas vascos, aquellos célebres ‘Caballeritos de Azcoitia’, buenos compañeros todos de su paisano el conde de Peñaflores”. Menciona a Ignacio Manuel de Altuna “amigo de Juan Jacobo Rousseau y de quien el filósofo ginebrino habló y lo citó con elogio”. En el párrafo siguiente anota: “Con estos hidalgos guipuzcoanos (sin mencionar otros) se forma la Sociedad de Amigos del País que tenía la mayoría de los afiliados en Azpeitia, Azcoitia y Vergara. Luego cuando se vio que la Sociedad tendía a un liberalismo radical, la mayoría de los socios se apartaron de ella”, en apreciación si no exacta sí acorde con el concepto que de ellos tenía. Bien breve referencia.

Nada habla de las actividades de la Sociedad ni del Real Seminario de Vergara limitándose en cuanto a ésta a mencionar a algunos de los profesores destacando el nombre de Fausto de Elhuyar “riojano, oriundo vasco, descubridor del tungeno”.

¿Vería con buenos ojos el calificativo de Bascongada, que omite, al referirse a la Real Sociedad? Sinceramente creo que sí al crearse en aquel país y por lo geográfico del concepto ya que no tuvo empacho alguno en declararse reiteradamente él mismo como vasco y exaltar cuanto de propio y admirable encontraba en su pueblo.

Para Baroja, lo definitorio de él era la cultura y no quizá el idioma en sí según el criterio actual de los lingüistas rechazado por quienes no lo dominan, aunque lo considerase como patrimonial. El euskera no le era ajeno ni mucho menos, lo conocía y le sería familiar en su infancia con un padre que lo cultivó y porque sintió ilusión por poseerlo mejor al pensar en ejercer la profesión en su tierra. Desde Valencia escribió en 1892 “Si hiciera lo que pienso, me iría para allá, por el Norte, a algún pueblecillo. Aprendería el vascuence, mataría el menor número de enfermos posible y esperaría tranquilamente el momento de dejar la carrera” Palabras que marcan algún contraste entre la ilusión por la lengua y lo no tan viva que le despertaba su profesión.

Ya en Cestona, confesaba en 1917, que allí “empecé a sentirme vasco y recogí el hilo de la raza que ya para mí estaba perdido” no solamente por el idioma sino por el contacto establecido con la mentalidad y costumbres del pueblo, no ouestas a su sentir.

No se sabe hasta qué punto llegó a dominar el euskera a pesar de las reiteradas alusiones a él y transcripción acertada de dichos o letrillas de canciones que aparecen en sus obras, lo que sí es evidente que rechazaba las campañas favorables a su pureza así como la nueva ortografía, que estaban en pleno furor a comienzos de siglo. Al llegar a Cestona y refiriéndose al euskera escribió que la complicación de los idiomas antiguos no sirve para nada al hombre moderno añadiendo como justificación: “soy hombre moderno y de escasa capacidad lingüística”. Cincuenta años más tarde, en el Prólogo de su “EL PAIS VASCO” insistía en lo mismo: “me parece una ridiculez en una lengua vieja y moribunda cambiar los signos ortográficos y hacerlos incomprensibles para el hombre corriente”, en frase doblemente desafortunada.

Nada tiene de particular la oposición de don Pío a tales innovaciones o a la culturización del euskera que él, acérrimo anticarlista, en uno de sus ENSAYOS de fecha 1901 las atribuye a “un corto número de chiflados, y un gran número de éuscaros carlistas con disfraz de filólogos...” para completar la idea con esta afirmación: “El éuscaro ha sido el padre del bizcaitarra, y el carlista el padre del éuscaro”. La imagen de Sabino de Arana y Goiri estaba presente en su mente, como la del partido que creó.

En punto a la ortografía es oportuno recordar que ya su padre, el euserófilo don Serafín, era también contrario a la moderna. En frase copiada del Prólogo (Aitzin-solas) de la recopilación de sus trabajos en euskera hecha por Patri Urkizu se lee: “siga el que quiera a Bonaparte, Azkue, Campión, Arana eta Goiri Sabin (sic), yo sigo a Larramendi, Iztueta, Iparraquirre siempre”. Y en la Presentación que precede a dicho Prólogo escrita por Julio Caro Baroja dice que su abuelo materno por una k metida por el cajista en uno de sus versos, afirmaba: “konfieso ke estoy inkomodado”.

Don Pío, en desacuerdo una vez más con Unamuno, disiente de él cuando dice que “el vascuence nos viene estrecho a los vascongados” y en consecuencia: “Enterrémosle santamente con dignos funerales, embalsamado en ciencia; leguemos a los estudiosos tan interesante reliquia”. Pero disiente no por el hecho en sí que “para todo vascongado inteligente es una verdad que esté harto de saberla” sino por motivos puramente sentimentales porque la canción, el baile, el refrán y el dicho agudo, “todas esas cosas típicas nuestras desaparecerán de la tierra vasca el día que desaparezca el vascuence...desaparecerá un matiz pintoresco de la Península, una nota más, simpática y amable, de la vieja España...”.

Al perder el contacto con el pueblo vasco y concretamente al alejarse de Cestona, fue sin duda decayendo el interés de Baroja por la lengua nativa aun reconociendo su valor etnológico, poco o nada pragmático fuera del medio rural o del uso doméstico. Según anécdota narrada por su ya anciano médico personal, el doctor Val y Vera en el acto de los Médicos Escritores referido al comienzo de estas páginas, en ese sentido se expresaba ampliamente don Pío en una de sus tertulias caseras madrileñas cuando sonó el timbre de la puerta y al abrirla se encontró con un respetable pope ruso de negra vestimenta y gran cruz pectoral que, interesado por el euskera, deseaba trabar relación con escritor vasco que hablase el idioma. No pude llegar en momento más oportuno y Val y Vera se regocijaba del cambio del discurso barojiano al oírle exponer ante el extranjero algunas de las peculiaridades de su lengua nativa. Probablemente se trataba del mismo alto dignatario de la iglesia rusa que cita Julio Caro en su "LOS BAROJA" que llegó acompañado del filólogo ya desaparecido don Francisco Echevarria lo que explica lo extraño de la visita.

En resumen, don Pío conoció el euskera, en un arranque de optimismo se ilusionó por él, le faltó tiempo para dominarlo y al no usarlo dejó de interesarle aunque lo considerase tesoro histórico que dada su oriundez le merecía respeto y consideración mientras sobreviviese.

II - Baroja médico

Don Pío inició sus estudios de medicina en Madrid en 1887 y, después de un serio tropiezo estudiantil, los terminó en Valencia en 1893 para volver el año siguiente a Madrid a hacer el doctorado. Su tesis doctoral, inédita hasta 1980 que la publicó Sánchez Granjel precedida de una semblanza del Baroja médico, la dedicó al estudio de "EL DOLOR. Estudio de Psico-física".

Bien trillado está el campo de los estudios médicos de don Pío, de sus dudas iniciales, de cuanto se refiere a sus profesores y también el de las alusiones profesionales y el de los personajes médicos que aparecen en sus obras. Mis comentarios quedan al margen de todo ello.

El 12 de Agosto de 1894, recién terminado el doctorado, le fue concedida la plaza de médico titular de Cestona y Baroja, henchido de ilusiones saltaba de las proximidades del Turia a orillas del Urola, el río cuyo curso despierta en los guipuzcoanos sentimientos de inestimable valor.

Y es que el Urola que nace en la vertiente norte del Aitzkorri baja a

Legazpia para pasar luego entre Zumárraga, cuna de Miguel López de Legazpi, conquistador de Filipinas, y Villarreal de Urretxua, del guerrillero Gaspar de Jauregui conocido por El Pastor, y de Iparraguirre el bardo ensalzado por Baroja. Llega después a Azcoitia en cuyo palacio de Insausti nació la Bascongada de Amigos del País, para cinco kilómetros curso abajo alcanzar el ideológicamente más distante solar de Loyola cuna de San Ignacio. De allí va a Cestona nuestro más importante centro de aguas medicinales para bordean la Lonja de Bedua de antiquísima tradición y embarcadero obligado de antiguas ferrerías de la cuenca, llegar al mar en Zumaya, villa en la que, junto a la secular ermita de Santiago restaurada por Zuloaga, edificó el gran pintor su espléndida mansión-museo, "Santia-getxea".

Río, el Urola, de retorcido curso, suave declive y mansas aguas pero que en un anochecer otoñal de 1956, delirante de grandeza, en una brutal crecida engulló un transporte de línea ahogándose su veintena de pasajeros en la mayor tragedia fluvial de Guipúzcoa. Fue en el parejo de Osinbeltz al que una noche tuvo que acudir el médico Baroja a hacerse cargo del cadáver de aquella extraña y vieja emplastera que llamaba su atención al deambular por los contornos, despeñada de la cantera y cuyo maléfico embrujo enfureció quizá al humilde y tímido río.

Había en Cestona casas solariegas y palacios como el de Lilí-Idiaquez que don Pío menciona, de gruesos paredones y angostas luces abiertas al mundo. Si como él dice las reprimidas impresiones de juventud fueran de algún modo como estelas en su vida, cabría pensar que los ensueños originados por aquellas casonas en sus noches de vela pudieran ser inspiradoras de la futura realidad de Itzea.

Aunque no carecen de interés sus relatos de los casos clínicos en los que intervino y sus andanzas por caminos y laderas, no se le ve ilusionado en los comienzos de su práctica médica a lomos del viejo rocín detrás del hombre de la farola como se autodescribe; cuesta verle pisando barrizales u hollando nieves con su maletita de pequeña cirugía al brazo; lo mismo que a la cabecera de la hidrópica que cura o de la madre cuya criatura trae al mundo entre las valvas de un fórceps. Mi visión es más íntima pero no menos real seguramente.

Juzgándole por su trayectoria profesional, le veo sumido en sus meditaciones solitarias ante las brasas del hogar de la Serora o de la casa del Medikuzaharra a la que se traslada al llegar su familia, musitando entre-

cortadas frases e inquietud o de desilusión. Los placenteros años de carrera en grandes centros de Madrid y Valencia, las ilusiones de brillantez propias de todo novel se habían trocado en el duro y rutinario ejercicio en una aldea encajonada entre montañas, sin un compañero con quien cambiar impresione ni un amigo para desahogarse. En conflicto sus conocimiento médicos con las ancestrales costumbres de sabor curanderil de los vecinos y el desprecio de las normas higiénicas que sugería: Higiene, con Anatomía II, únicos sobresalientes de su carrera.

Por otra parte, en lucha contra la desconfianza de las familias ante el médico joven parco en palabras y probablemente en manifestaciones de afecto, con insuficiente dominio del idioma que es el primer inspirador de confianza en nuestra tierra según es patente aun hoy en día. En desacuerdo entre las enseñanzas teóricas y los casos de la práctica, con el temor de inciertos o erróneos diagnósticos usando precautivas dosis terapéuticas.

Dominando el cuadro, la actitud recelosa u hostil de su único colega, el otro médico titular, bien asentado en la plaza a los treinta años de permanencia en ella. Conflictos, dudas, problemas en suma mascullados cada anochecer ante el fuego de leña o en la soledad de su cuarto, en sus paseos o caminatas profesionales, de difícil solución a falta de una vocación arraigada o una decidida voluntad de superación.

Un día decidió ir por monte a visitar a su amigo y condiscípulo José Madinaveitia médico de Iziar a la sazón que, según dice, manifestaba entusiasmo por la medicina cuando él no se mostraba contento. Al decirle que creía no hacer bien un diagnóstico, Madinaveitia, por tranquilizarle, contestó que eso pasaba a todo el mundo y sobre todo al que empieza. Al no dar más noticias de la entrevista no es fácil deducir la impresión que don Pío sacaría de ella. Pero puede ser oportuno indicar que José, hermano menor del gran clínico y maestro de generaciones de médicos don Juan Madinaveitia, debió de ir perdiendo su entusiasmo por la medicina de Iziar ya que domiciliado más tarde en Bilbao y luego en Eibar se entregó de lleno a la política como activo socialista hacia la cuarentena de sus años.

Baroja que describe con simpatía Cestona y sus alrededores, su casa, tertulias y clientes, se muestra acerbo con su colega a quien en cierto modo acusa de su fracaso. Era don Pedro Díaz Carredano, alavés, progenitor de una familia de distinguidos médicos bilbaínos, los Díaz Emparanza, uno de cuyos vástagos reivindicó hace unos años su memoria defendién-

dola de las acusaciones de don Pío que, por las razones que fueran, no mantuvo buenas relaciones con él.

Tampoco sale bien parado de su pluma el jesuita Padre Coloma en la cumbre a la sazón de su prestigio social y literario. Le encontró en el Balneario del que era cliente y al mal efecto que le hizo su talante personal se añadiría la inquina que profesaba a la Compañía y sus miembros. Sus escritos están plagados de mordaces alusiones o críticas a ambos. Sin descender a ellas y solamente como ejemplo de los ojos con que los ve, vayan las cuatro líneas que les dedica en "EL PAIS VASCO" cuando dice que la torre señorial de Loyola, "para guardarla de miradas profanas" aparece envuelta "en un conjunto exterior...exagerado y barroco del gusto aparatoso de la época" y al pie de una ilustración con un par de jesuitas de paseo pone que "Loyola es centro de peregrinaje por conservar la Santa Casa en que nació San Ignacio" completando su escueta información al respecto con la transcripción de las últimas estrofas de la Marcha del Santo que comenta diciendo que "Es curioso cómo el sentimiento del pueblo ha notado el aire militar y práctico de la Compañía de Jesús", sentimiento, seguramente, coincidente con el suyo.

En su relato zestuarra aparece sorprendido por las reiteradas preguntas que le dirigen acerca de un extravagante personaje, que él no conoce, habitante del barrio de Arrona, casado con una tiple, y al que atribuye oriundez italiana o gallega. No le extrañase tanto de saber que Angel Trabadello (y no Traballedo como escribe), al que se referían era uno, en tiempos, famoso barítono donostiarra, de la Opera cómica de París y de los primeros escenarios líricos italianos, consejero de Gayarre, maestro de cantantes y de cuantos aspiraban a serlo. Había sido capitán del ejército carlista y casó...o fue casado con la actriz húngara Paula de Somogy que fuera amiga del pretendiente quien le asignó una renta vitalicia aprovechada por su cónyuge dignificado luego por Carlos VII con el título de Marqués de Trabadello. De haberlo sabido, la galería barojiana pudo haberse enriquecido con otra curiosa figura.

Para Baroja los meses pasaban sin gran mejoría de las perspectivas. Acaso el verano que se acercaba podría lograr el milagro de su adaptación profesional merced al buen tiempo y a la llegada de los curistas del Balneario. Pero éste era feudo de don Pedro y don Pío no tuvo acceso a él. Como tampoco al trato con los taciturnos enfermos hepáticos que paseaban por la carretera y a quienes, todo lo más, saludaba al pasar.

Pío Baroja médico sucumbió en la primera prueba profesional y el 10 de septiembre del 95, a los trece meses de tomar posesión de la titular la abandonó y, con ella, la medicina al no conseguir otro puesto en Zarauz o Zumaya como quería y no decidirse a establecerse en San Sebastián. Iniciaba nuevos rumbos. Acaso el foco atrayente que para muchos provincianos era Madrid, le deslumbró y a Madrid marchó. Pero no ya como médico sino como industrial panadero al amparo de su familia. Su quehacer médico se había acabado y sus conocimientos y experiencia los trasladaría al campo literario, en el que encontró el idóneo camino de su vida.

III - Baroja donostiarra

La oriundez donostiarra es la tercera afinidad que me empareja con don Pío. Oriundez y en cierto modo la ascendencia pues un tatarabuelo mío Juan Fermín Irigoyen-Araeta fue compañero del suyo Sebastián Ignacio de Alzate en las reuniones de Zubieta en 1813 para la reconstrucción del San Sebastián incendiado por los ingleses. Personas ambas con raíces más profundas en lo rural guipuzcoano que en lo gascón de la capital.

Cuando nació Pío Baroja —el día de Inocentes de 1872— hacía solamente nueve años que el San Sebastián aprisionado en sus murallas consiguió el derribo de ellas y comenzó a extenderse sobre los arenales del tómbolo enmarcado por la bahía y en río Urumea en dirección hacia su proyectado ensanche.

La población, autóctona en su mayor parte cuando aun las corrientes migratorias carecían de valor, podía dividirse a grandes rasgos en dos grupos de costumbres y características temperamentales bien diferentes que al derribo de las murallas se entremezclarían más fácilmente: el de la gente de mar, el núcleo mercantil y de familias asentadas al socaire del Monte Urgull, marcados con el sello de los gascones afincados de siglos atrás, y el San Sebastián rural, agrícola, de los barrios circundantes. Negociante, jaranero y jocosos, el de la tamborrada, los toros ensogados o los de fuego aquellos; frente a los laboriosos, retraídos y sobrios aldeanos.

Si don Pío se declara más próximo a éstos, su padre don Serafín, nacido dentro del recinto amurallado, llevaba en la sangre no solo “el entusiasmo por su pueblo con caracteres de verdadera manía” según lo describe su hijo, sino también el espíritu alegre y zumbón de sus convecinos de la Parte Vieja. Como botones de muestra vayan estos dos: el mandar imprimir unas tarjetas de visita que decían: “Serafín Baroja, Padre de

Pío Baroja” y la parodia grotesca en trece actos, de los que concluyó solamente dos, escrita en euskera a base de la conocida canción “Donostiako hiru damatxo” que él tituló “Amairu Damatxo” a representar el primer acto, según tengo oído aunque no pueda dar fe, con el telón alzado solamente quince centímetros. De su rica producción tanto en euskera como en castellano se da cuenta y en parte se recoge en la publicación de Urkizu antes mencionada.

Si Serafín dominaba el euskera y se hallaba íntimamente vinculado a Donostia, no puede decirse lo mismo de su hijo Pío que, si nacido también en ella, no se le puede considerar donostiarra en su rigurosa acepción. El mismo lo dice: “Hubiera preferido nacer en un pueblo entre montes o en una pequeña villa costeña que no en una ciudad de forasteros y fondistas”.

Salió de San Sebastián a los seis años de edad y salvo contadas estancias esporádicas volvió a la ciudad como veraneante, como forastero..., en escapadas de Vera el encontrarse “un poco harto de soledad y de silencio”. Y, al ir de veraneante, sin vinculación a círculos o familias, quedaba perdido en el anonimato del forastero que callejea o busca refugio en las tardes del Casino no en plan de diversión sino para mirar a quienes juegan o para entablar conversaciones banales con cualquiera.

La ciudad le disgustaba, su espíritu era para él lamentable, no veía vida cultural ni social sin confesar que ni la buscaba ni le interesaba de no ser como experiencia. Pero si se le lee entre líneas, no es difícil apreciar un tanto de la desilusión y el resentimiento de una fuerte personalidad que pasa desapercibida sin que nadie se ocupe de ella, el aislamiento de quien no encuentra acomodo en alguno de los estratos sociales que se hubiese envanecido de su compañía. Las diatribas contra la ciudad y sus gentes son reiteradas.

Las más dolidas frases las publica en los años 17 y 18 cuando San Sebastián vive en plena euforia de ciudad fronteriza al margen de la Guerra Europea con el Casino en su mayor esplendor de cotillones, saraos y conciertos con desfile de los más afamados artistas; cuando las joyerías surgían a la sombra de la ruleta y el lujo hacía su aparición en calles, fiestas, en el Chofre o en el Hipódromo. Donostia era la corte veraniega, punto de cita de la aristocracia, magnates y políticos con sus peculiares vidas de playa, paseos, tertulias o Casino. Por las calles, en las que él no veía sino curas, monjas o frailes, los donostiarras se cruzaban con la Reina Ma-

dre de compras o viendo escaparates sin más séquito que su dama de compañía siguiéndoles de cera su coche de caballos.

Todo esto enconcoraba a don Pío a sus cuarenta y cinco años largos cuando se hallaba en notable auge su prestigio. El ambiente cortesano y clerical que dominaba en ciertas esferas sociales le repugnaba al ver en él lo menos agradable de su Madrid invernal. El hermetismo de los indígenas se le antojaba pedantería u orgullo provinciano. Odiaba la vacuidad del señoritismo y se reía de las damas locales aficionadas al julepe según su criterio. E, impersonalizando, descargaba sus iras contra la ciudad, que confiesa no serle simpática.

Aunque ya avanzado en años conservaba la nostalgia de sus paseos por el Castillo durante su infancia y de pocos episodios más y ninguna ya de mayor. Según su opinión, la ciudad con su expansión y nuevas construcciones perdió la intimidad que antes le caracterizaba; dejó de ser pintoresco y alegre pudiendo serlo; gente foránea le ha ido afeando y en típico exabrupto dice que después de afean el Monte Igueldo y el Castillo, “si pudieran afearían y municipalizarían el mar para ponerlo a gusto de los forasteros de la Mancha o de la Sierra de Cazorla”. Su espíritu es lamentable: “Allí no interesa la ciencia ni el arte, ni la literatura, ni la historia, ni la política, ni nada”. Y para terminar con esta serie de frases suyas escogidas de sus escritos, se recoge la siguiente: “Es una ciudad síntesis de la vida española, de la burguesía,...es como un barrio de Madrid” si bien a título compensatorio añade que “Parece no tiene ningún carácter y, sin embargo, lo tiene”.

¿Caben más impropiedades contra su ciudad natal? Estoy seguro de que de haber querido, o podido, incorporarse más a su vida en cualquiera de los grupos sociales de los donostiarras de la época su opinión hubiese cambiado radicalmente, pero prefirió ser forastero en la ciudad y verla con ojos de forastero. Su amigo Azorín, libro y cuartillas en la mano, solía sentarse en los bancos de Urgull a contemplar Donostia y su bahía, a inspirarse quizá. Baroja, mascullando su desilusión prefería volver a meditar a Itzea. No supo encontrarse en San Sebastián con sus amigos Regoyos o Zuloaga, ni podía participar en tertulias de José María Salaverría o Francisco Grandmontagne a quienes no podía tragar a juzgar por su opinión acerca de ellos; no le interesaban las de los políticos en la Concha, en la playa o en los Cafés. El vivía su mundo y éste estaba muy alejado del de la Bella Easo.

Los donostiarras sentimos no haber sabido despertar en él la ilusión por el txoko que le vio nacer si bien, como vascos le agradecemos el canto a la tierra que son sus obras y la descripción de sus personajes paisanos, una y otros universalizados por su pluma.

Los representantes de la ciudad, por su parte, tampoco fueron en muchos años reconocedores de los méritos de su hijo: una placa en la casa en que nació y un busto eran hasta no hace mucho los únicos testimonios de gratitud. Busto tallado por Victorio Macho que peregrinó por diversas y más o menos recónditas estancias del Museo de San Telmo a tenor de los vientos políticos que soplaban y que del patio de su claustro pasó a ser colocado frente a su casa natal en la calle Oquendo. Dar su nombre a un paseo y colocar a su inicio un amplio módulo de moderna factura fueron acuerdos mucho más recientes y en cierto modo como para compensar anteriores olvidos.

* * *

Aquí terminan estos Apuntes que no han pretendido ser sino abocetadas imágenes de la personalidad de don Pío en tres facetas dispares de ella elegidas por mera afinidad coyuntural. A los barojiano acérrimos, defensores de su figura integral no dissociable en visiones parciales, podrán no serles de su agrado e incluso considerarlas rechazables. Pero ningún afán denigrante ha movido mi pluma y sí la exposición de los sentimientos que en mí despierta su gran figura en aspectos relativos a ciertos factores determinantes, para mí de importancia, que a él mismo no preocuparon mayormente si bien su sello marcó de alguna manera la obra del escritor.